

Banderas

**JUAN CARLOS
FERNÁNDEZ**

SIEMPRE admiré a países como Francia o Estados Unidos en los que la gente exhibe su bandera sin que les descalifiquen. En España esto ha tenido cierta dificultad porque, a pesar de que nuestra Constitución, mayoritariamente aprobada, determina los colores que nos reconocen, muchos tienden a confundir el rojo y amarillo con la carcupia. Esto ha hecho bastante daño. Mientras, otros ondean la enseña republicana como representación de un añorado régimen ideal, mal que les pese, inexistente.

Estos días en los que por mor de la dinámica acción-reacción han salido a la calle miles de personas con sus banderas, estrelladas, catalanas o nacionales, ahora también blancas, no han faltado comentarios en los que se señala a aquellas como algo nada sano. En una viñeta el ilustrador afirma que «todas las banderas representan muros». En algún comentario en redes sociales leo que las banderas no son sino trapos; esto último también lo escucho de viva voz con alguna frecuencia. Parece ser, entiendo, que los amantes de un planeta sin fronteras detesten los símbolos que representan a las naciones, y que no son sino elementos materiales irrelevantes y, si me apuran, odiosos.

Déjenme que discrepe con rotundidad. Si existen las naciones y los países es porque nos hemos organizado en razón de intereses y afinidades; hemos perfeccionado la tribu. Las Arcadias no han existido y, me malicio, nunca las disfrutaremos. Luego el que dispongamos de elementos que nos identifiquen no es sino encontrar una expresión visible de aquello que nos une. Los hombres somos así, necesitamos símbolos. Una bandera no es una simple tela (cuánto menos un trapo), como una escultura no es un trozo de piedra o una canción una expulsión modulada de aire. Usamos lo material como expresión de las ideas o del arte.

¿Dónde está, pues, el problema en las banderas? En lo que encarnan, claro: si los colores o blasones son expresión de totalitarismo o de desprecio se convierten en execrables; en estos casos lo más importante suele ser el palo que sujeta a la bandera puesto que de lo que se trata es de golpear, metafórica o físicamente, al prójimo y al sentido común. Como ocurre con las de los sediciosos en países democráticos.

No es este el caso de las enseñas nacionales. Si nos sentimos orgullosos de nuestro pueblo, no veo por qué no se puede exhibir con naturalidad lo que representa a nuestro país. Intentar convertir la simbología patria en elemento separador no sé si será buenismo, lo que es, desde luego, es una solemne tontería, me parece.

En este sentido, los acontecimientos de Cataluña han tenido alguna consecuencia positiva: gentes de toda ideología y condición social han decidido expresar su sentir patriótico y, sin complejos, han echado mano de la bandera española o nacional (por ser la de nuestra nación, no la de los «nacionales» de la guerra, a ver si nos enteramos). Tengo la esperanza de que esto sea un síntoma de autoestima que permanezca. ¡Nos hace tanta falta!